Vélez de Guevara, Rójas y otros. En estas composiciones se advierten ya resabios del mal gusto que iba cundiendo por entónces, habiendo en ellas mas sutileza que verdadera efusion de los sentimientos religiosos. Hé aquí cómo se explica *Lope de Vega* hablando á Cristo crucificado :

Manso Cordero ofendido
Puesto en una cruz por mí,
Que mil veces os vendí
Despues que fuísteis vendido :
Dadme licencia, Señor,
Para que, desecho en llanto,
Pueda en vuestro rostro santo
Llorar lágrimas de amor.
¿Es posible, vida mia,
Que tanto mal os causé?
¿Que os dejé? que os olvidé,
Ya que vuestro amor sabia?
Tengo por dolor mas fuerte
Que el veros muerto por mí,
El saber que os ofendí,
Cuando supe vuestra muerte;
Que antes que yo la supiera,
Y tanto dolor causára,
Algnna disculpa hallára,
Pero despues no pudiera.
¡Ay de mí! que sin razon
Pasé la flor de mis años
En medio de los engaños
De aquella ciega aficion!
¡Qué de locos desatinos
Por mis sentidos pasaron,
Mientras que no me miraron,
Sol, vuestros ojos divinos!
Lejos anduve de vos,
Hermosura celestial;
Lejos y lleno de mal,
Como quien vive sin Dios.
Mas no me haber acercado
Antes de agora, seria
Ver que seguro os tenia,
Porque estábades clavado;
Que á fé que si lo supiera
Que os podíades huir,
Que yo os viniera á seguir
Primero qne me perdiera.

Si la coleccion no lo dijera, no atribuiríamos á Lope estas y las demas redondillas que siguen, en las cuales, á la verdad, no reconocemos su estilo. Mas sutil es todavía, pero mas propio de su autor, el siguiente rozo de un romance atribuido á Calderon :

¡Oh cuánto el nacer, oh cuánto
Al morir es parecido!
Pues si nacimos llorando,
Llorando tambien morimos.
Un gemido la primera



Salva fué que al mundo hicimos,
Y el último vale que
Le hacemos es un gemido.
Entre cuna y ataud
Sola esta distancia ha habido,
Hácia la tierra ó el cielo
Arrojarnos ó admitirnos.
¡Qué bien en sus confesiones
Lo significó Augustino,
Cuando á esta proposicion
No averiguó el sentido!
¡Vive el hombre ó muere el hombre!
Pues que ninguno ha sabido
Si vive ó muere, porque
Todo se hace de un camino.
¿Qué mas ejemplo que yo
Á este letargo rendido;
Pues vivo al tiempo que muero,
Y muero al tiempo que vivo?
Y si al fin para morir
No ha menester mas delirio,
Ni mas crítico accidente
El hombre que haber nacido?
¡Ó felice yo! ¡Ó felice
Que morir he merecido
En vuestra fé, conociendo
Tantos mortales avisos!

Otras colecciones existen tambien de poesías sagradas, de que daremos aquí los títulos, aunque son bastante raros sus ejemplares

*Sagradas Flores del Parnaso*, por Bazans.

*Divina, dulce y provechosa poesía*, por Fray Diego Murillo.

*Conceptos espirituales*, por Fray Diego de Jesus.

*Romancero espiritual del Santisimo*, por el maestro José de Valdivieso.

*Sacro plantel de flores divinas*, por Francisco Ballester.

*Verjel de plantas divinas*, por Arcángel de Alarcon.

*Versos espirituales que tratan de la conversion del pecador*, por Pedro de Encina.

*Divinos versos*, ó *Cármenes sagradas*, por Miguel de Colodredo y Villalobos.

---

## CAPÍTULO XIII.

### Poetas épicos.

El ejemplo de los antiguos, el de los italianos, que á tal punto habian sobresalido en la poesía épica, no podia ménos de ser imitado por nuestros ingenios, tan afanados en seguir las huellas de aquellos. Á este estímulo debido al espíritu de imitacion, se añadia la natural propension de todos los pueblos á dejar consignadas las hazañas que los ilustran en estas grandes obras que forman siempre como la corona y el mas bello floron de su literatura. Con efecto, desde los tiempos

en que nuestra lengua, aun naciente, solo producia sonidos toscos y desabridos, y en que ni siquiera se habia formado la cadencia métrica, aun cuando no existia poesía castellana, hemos visto que los primeros vagidos de esta, fueron poemas épicos, como el del *Cid* y *conde Fernan González*, ensayos toscos es cierto, pero que prueban la natural tendencia de la poesía al género en que brilla con mas esplendor y gallardía. En los siglos que examinamos, léjos de faltar poemas épicos, diéronse á luz infinitos sobre muy variados asuntos; pero es necesario confesar que los esfuerzos de nuestros ingenios en esta parte han sido poco felices; y si la musa épica castellana puede jactarse de tan fecunda como cualquiera otra en el mundo, no sucede así en cuanto á la bondad y mérito de las obras, que están muy léjos, aun las mejores, de los poemas con que otras naciones se envanecen.

Sin detenernos por ahora en averiguar la causa de esta inferioridad, pasaremos á dar una idea de los principales poemas que tenemos, citando en seguida algunos de los otros muchos que en el dia yacen olvidados.

El poema que de mas crédito goza entre nosotros, y el único cuyo nombre ha logrado pasar á los extranjeros, es la *Araucana*, obra de *don Alonso de Ercilla y Zúñiga*. Aunque algunos hacen natural de Bermeo á este insigne varon, solo era oriundo de allí, y nació en Madrid á 7 de agosto de 1533. Con motivo de la alta posicion que ocupaba su ilustre familia, se crió D. Alonso en palacio, sirviendo de menino ó paje al emperador Cárlos V y á su hijo Felipe II. Unido á la servidumbre de este último monarca, le acompañó en sus viajes, recorriendo con él los principales países de Europa. Hallábase en Lóndres, cuando se tuvo noticia de la rebelion del valle de Araúco en Chile, y ansioso de distinguirse, dejó los regalos de la corte, corriendo á tomar parte en la penosa lucha que se emprendió para sujetarlo. Distinguióse en ella; y no contento con el laurel de guerrero, quiso conquistar el de poeta, siendo el cantor de las hazañas que veía ejecutar, y escribiendo por la noche en cortezas de árboles lo que durante el dia pasaba. Una riña que tuvo con varios caballeros, y de la que estuvo para ser degollado por justicia, le hizo desterar de Chile, volviendo á España, cuando aun no tenia 29 años. Publicó la primera parte de su poema en 1569; la segunda nueve años despues, y la tercera en 1589. Casó con Doña María de Bazan, de la familia de los marqueses de Santa Cruz, hízole Felipe II gentilhombre de su casa, y le dió el hábito de Santiago, valiéndose de él en algunas comisiones : estuvo por último en la servidumbre del emperador Rodulfo II, á quien acompañó en sus numerosos viajes por Alemania, Hungría y Boemia. Ignórase el año de su muerte, aunque debió ser ántes del 1595, puesto que en aquel año su esposa, ya viuda, fundó el convento de carmelitas descalzos de Ocaña donde se halla sepultado.

No fué la intencion de Ercilla el escribir un poema á la manera de Homero y Virgilio, sino una historia de los hechos que presenciaba, amenizada con las galas de la poesía. Así, pues, no hay que pedirle lo que no entraba en su proyecto que desde luego excluye toda regularidad en el plan, y toda trabazon entre sus diferentes partes. Escribiendo los sucesos conforme se presentaban, sin mas conexion que la que le daba el acaso, resulta ser su obra una especie de crónica en octavas



mas ó ménos numerosas. Este método tenia la desventaja de perjudicar al poema en su conjunto y general estructura : no ha podido salir de él un edificio regular y bello; pero tal vez ha servido al poeta en los detalles que por esta razon han adquirido un grado mayor de verdad, animacion y energía. Así, pues, el mérito de la Araucana no consiste mas que en estos pormenores, y este mérito es á veces tan grande, que ha bastado él solo para darle la justa reputacion de que goza. Pocos son los que le leen con interes y gusto en su totalidad; pero siempre al abrir por cualquier parte sus páginas se encuentran largos trozos que entretienen y embelesan.

Se ha achacado á Ercilla el defecto de hacer á los araucanos mas interesantes que los españoles : este defecto es cierto; pero era inherente al asunto. Los que defienden su patria, y lo hacen con valor, excitarán siempre un interes que no llevan consigo los conquistadores, sobre todo si movidos estos por la codicia ó la ambicion, no tienen en su abono mas que el valor y el arrojo. Lo grande de la empresa, el prestigio de un nombre célebre, pueden alterar esta ley natural y hacer interesantes á los invasores : así sucederia con efecto si, en vez del valle de Araúco, se tratase del vasto imperio mejicano, si en lugar del cruel Valdivia, el héroe cantado fuese el grande Hernan Cortés; pero el teatro de la guerra del poema de Ercilla es demasiado reducido y humilde para llamar poderosamente la atencion, y ser digno lugar de una epopeya; los héroes españoles que celebra ocupan un puesto insignificante en el largo catálogo de nuestros ilustres guerreros; y ni un caudillo hay entre todos ellos que fije sobre sí las miradas, y atraiga el interes mas leve. Todos son iguales : ninguno pasa de ser un soldado atrevido y valiente que se arroja ciego al peligro y da fuertes cuchilladas; y el único que se distingue de los demas por cualidades apreciables, es el mismo Ercilla : no porque haya en él vanagloria y ridícula jactancia, pues, al contrário, habla pocas veces de sí propio, sino porque en estas pocas veces se muestra mas humano y compasivo que sus compañeros.

Ercilla, en quien dominaban estas prendas de humanidad, no podia engalanar con colores poéticos á los que tan completamente carecian de ellas; todo su interes debió naturalmente cifrarse en las víctimas, y su imaginacion le llevó á pintarlas con colores variados y enérgicos. En esta parte brilla sobremanera; y ha retratado á los indios con tal variedad de caractéres, que conservando á todos la fisonomía general que los distingue, da pruebas de una admirable fecundidad en los rasgos particulares, y en la expresion que presta á cada uno; de tal suerte, que solo Homero y el Tasso le avantajan en punto tan difícil y capital del poema épico.

Otro mérito de Ercilla consiste en las batallas que describe admirablemente y con extremado calor, como quien ha tomado parte en ellas, y cuenta lo que ha visto y ejecutado, conservando todavía el ardor y entusiasmo de la pelea. Las de la *Araucana*, á la verdad, carecen de aquella grandeza y aparato que asombra en otros poemas, porque el asunto no se prestaba á la sublimidad que resulta de chocar entre sí poderosos ejércitos y naciones ó razas enteras, como sucede en la *Ilíada* y la *Jerusalen* : aquellas lides no pasaban de reñidos encuentros entre salvajes mal armados de una region desconocida, y un corto número

de guerreros; pero en estos encuentros y en los combates parciales no cede tampoco Ercilla á ningun poeta.

Son igualmente dignos de alabanza la mayor parte de los discursos que pone en boca de sus personnajes, por la elocuencia y energía que sobresale en ellos; mereciendo particular mencion el del viejo Colocolo á los jefes araucanos reunidos para elegir un caudillo.

La versificacion y el estilo no merecen siempre igual alabanza. Ercilla carece generalmente de entonacion poética: tiene facilidad, soltura; pero se eleva pocas veces á la altura conveniente, y la humildad de su lenguaje no se adapta bien á la dignidad épica. Sus octavas son poco numerosas, hay falta de esmero y de elegancia, y poca riqueza en las rimas. Su diccion, aunque pura y natural, está llena de frases triviales y prosaicas, y ninguno de nuestros autores se ha cuidado ménos de lo que se suele llamar lenguaje poético. No obstante, en medio de este desaliño y falta de colorido, suele Ercilla producir grande efecto por lo enérgico de la sentencia, lo sublime de la idea y aun lo oportuno de la expresion. Lástima grande que no uniese á la elevacion de su alma un oído mas delicado ó un sentimiento mas profundo de la armonía poética.

Hé aquí el discurso de Colocolo anteriormente citado.

Caciques, del estado defensores,
Codicia del mandar no me convida
Á pesarme de veros pretensores
De cosa que á mí tanto era debida;
Porque, segun mi edad, ya veis, señores,
Que estoy al otro mundo de partida;
Mas el amor que siempre os he mostrado
Á bien aconsejaros me ha incitado.
¿Por qué cargos honrosos pretendemos,
Y ser en opinion grande tenidos,
Pues que negar al mundo no podemos
Haber sido sujetos y vencidos?
Y en esto averiguarnos no queremos,
Estando aun de españoles oprimidos:
Mejor fuera esa furia ejecutalla
Contra el fiero enemigo en la batalla.
¿Qué furor es el vuestro? ¡ó araucanos!
¿Qué á perdicion os lleva sin sentillo?
¿Contra vuestras entrañas teneis manos,
Y no contra el tirano en resistillo?
¿Teniendo tan á golpe á los cristianos
Volveis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
No sea tan bajo estado y abatido.
Volved las armas y ánimo furioso
Á los pechos de aquellos que os han puesto
En dura sujecion, con afrentoso
Partido, á todo el mundo manifiesto:
Lanzad de vos el yugo vergonzoso;
Mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
No derrameis la sangre del estado
Que para redimirnos ha quedado.
No me pesa de ver la lozanía
De vuestro corazon, ántes me esfuerza;



Mas temo que esta vuestra valentía,
Por mal gobierno, el buen camino tuerza:
Que, vuelta entre nosotros la porfía,
Degolleis nuestra patria con su fuerza:
Cortad, pues, si ha de ser de esa manera
Esta vieja garganta la primera.
Que esta flaca persona atormentada
De golpe de fortuna, no procura
Sino el agudo filo de una espada,
Pues no la acaba tanta desventura.
Aquella vida es bien afortunada
Que la temprana muerte le asegura:
Pero, á nuestro bien público atendiendo,
Quiero decir en esto lo que entiendo.
Pares sois en valor y fortaleza;
El cielo os igualó en el nacimiento:
De linage, de estado y de riqueza
Hizo á todos igual repartimiento:
Y en singular por ánimo y grandeza
Podeis tener del mundo el regimiento:
Que este precioso don, no agradecido,
Nos ha al presente término traido.
En la virtud de vuestro brazo espero
Que puede en breve tiempo remediarse,
Mas ha de haber un capitan primero,
Que todos por él quieran gobernarse:
Este será quien mas un gran madero
Sustentáre en el hombro sin pararse;
Y pues que sois iguales en la suerte,
Procure cada cual ser el mas fuerte.

Enérgico y valiente, y mas poético que el anterior, es el del paje de Valdivia, cuando anima á los araucanos al combate.

Ó ciega gente, del temor guiada,
¿Á dó volveis los generosos pechos,
Que la fama en mil años alcanzada
Aquí perece y todos vuestros hechos?
La fuerza pierden hoy, jamás violada,
Vuestras leyes, los fueros y derechos;
De señores, de libres, de temidos,
Quedais siervos, sujetos y abatidos.
Manchais la clara estirpe y descendencia,
Y engeris en el tronco generoso
Una incurable plaga, una dolencia,
Un deshonor perpetuo, ignominioso:
Mírad de los contrarios la impotencia,
La falta del aliento y el fogoso
Latir de los caballos, la hijadas
Llenas de sangre y de sudor bañadas.
No os desnudeis del hábito y costumbre
Que de nuestros abuelos mantenemos,
Ni el araucano nombre de la cumbre
Á estado tan infame derribemos;
Huid el grave hierro y servidumbre;
Al duro hierro osado pecho demos;
¿Por qué mostrais espaldas esforzadas
Que son de los peligros reservadas?

Fijad esto que digo en la memoria,
Que el ciego y torpe miedo os va turbando;
Dejad de vos al mundo eterna historia
Vuestra sujeta patria libertando:
Volved, no rechaceis tan gran victoria,
Que os está el hado próspero llamando;
Á lo ménos firmad el pié lijero
Á ver cómo en defensa vuestra muero.

Hemos dicho que Ercilla sobresale en la descripcion de los combates: aquí, con efecto alza mas el tono, y hasta su versificacion se hace mas armoniosa.

Los caballos en esto apercibiendo,
Firmes y recogidos en las sillas,
Sueltan las riendas, y los piés batiendo
Parten contra las bárbaras cuadrillas:
Las poderosas lanzas requiriendo,
Afiladas en sangre las cuchillas,
Llamando en alta voz al Dios del cielo,
Hacen gemir y retemblar el suelo.
Cargan de fuerte fresno como vigas
Los bárbaros las picas al momento,
De la suerte que suelen las espigas
Derribarse al furor del recio viento:
No bastaron las armas enemigas
Al ímpetu español y movimiento;
Que los nuestros rompieron por un lado,
Dejando el esduadron aportillado.
Á nn tiempo los caballos volteando,
Lejos las rotas lanzas arrojadas,
Vuelven al enemigo y fiero bando,
En alto ya desnudas las espadas:
Otra vez arremeten, no bastando
Infinidad de puntas enhastadas
Puestas en contra de la airada gente,
Á que no se mezclasen igualmente.
Los unos que no saben ser vencidos,
Los otros á vencer acostumbrados,
Son causa que se aumenten los heridos
Y que bajen los brazos mas pesados.
De llamas los arneses encendidos,
Con gran fuerza y presteza golpeados,
Formaban un rumor que el alto cielo
Del todo parecia venir al suelo.
Como si fueran á morir desnudos,
Las rabiosas espadas así cortan;
Con tanta fuerza bajan golpes crudos
Que poco fuertes armas les importan:
Lo que sufrir no pueden los escudos
Los insensibles cuerpos lo comportan,
En furor encendidos de tal suerte
Que no sienten los golpes ni aun la muerte.
Ántes de rabia y cólera abrasados,
Con poderosos golpes los martillan,
Y de muchos con fuerza redoblados
Los cargados caballos arrodillan:



Abollan los arneses relevados,
Abren, desclavan, rompen, deshebillan,
Ruedan las rotas piezas y celadas,
Y el aire atruena el son de las espadas.

Citaremos por último algunas octavas y trozos sueltos en que mas sobresale el vigor y lozanía de este escritor.

Pintando á Caupolican, dice:

Viendo de aquel varon la valentía,
El ser gallardo y el feroz semblante,
Su proporcion y miembros de gigante.
Venia el robusto y grande cuerpo armado
De una fuerte coraza barreada,
Y un dragon escamoso relevado
Sobre el alto creston de la celada:
En la derecha su baston ferrado,
Ceñida al lado una tajante espada,
Representando en talle y apostura
Del furibundo Marte la figura.

Describiendo á Lautaro:

Fué Lautaro industrioso, sábio, presto,
De gran consejo, término y cordura,
Manso de condicion y hermoso gesto,
Ni grande ni pequeño de estatura.
El ánimo en las cosas grandes puesto,
De fuerte trabazon y compostura,
Duros los miembros, recios y nerviosos,
Anchas espaldas, pechos espaciosos.

La siguiente comparacion es digna de Homero.

Cual el cerdoso javalí herido,
Al cenagoso estrecho retirado,
De animosos sabuesos perseguido
Y de diestros monteros rodeado,
Ronca, bufa y rebufa embravecido,
Vuelve y revuelve de uno y de otro lado,
Rompe, encuentra, atropella, hiere y mata,
Y los espesos tiros desbarata;
Así, etc.

Y estas:

Como el celoso toro madrigado
Que la tarda vacada va siguiendo,
Volviendo acá y allá espaciosamente
El duro cerviguillo y alta frente.
. . . . . .
Como el fiero Tifeo, presumiendo
Lanzar de sí el gran monte y pesadumbre,
Cuando el terrible cuerpo estremeciendo
Sacude los peñascos de la cumbre,

Que vienen con gran ímpetu y estruendo
Hechos piezas abajo en muchedumbre:
Así la triste gente mal guiada
Rodando el llano va despedazada.

Las dos siguientes octavas prueban que Ercilla sabia en la ocasion oportuna hallar el tono de la verdadera armonía.

Allí con libertad soplan los vientos,
De sus cavernas cóncavas saliendo,
Y furiosos, indómitos, violentos,
Todo aquel ancho mar van discurriendo :
Rompiendo la prision y mandamientos
De Eolo su rey, el cual temiendo
Que el mundo no arruinen, los encierra,
Echándolos encima una gran sierra.
No con esto su furia corregida,
Viéndose en sus cavernas apremiados
Buscan con gran estruendo la salida
Por los huecos y cóncavos cerrados :
Y así la firme tierra removida
Tiembla y hay terremotos tan usados,
Derribando en los pueblos y montañas
Hombres, ganados, casas y cabañas.

Hé aquí rasgos enérgicos :

La fortuna es la fuerza de los brazos.
. . . . . .
Mi maza es la que á mí me da el seguro
. . . . . .
Muertos podremos ser, mas no vencidos.
. . . . . .
Que ningun mal hay grande, si es postrero.
. . . . . .
Que nunca por mudanzas vez alguna
Pudo mudarle el rostro la fortuna.

Todavía añadiremos, para acabar, el siguiente símil :

De la suerte que el tigre cauteloso,
Viendo venir lozano al suelto pardo,
El cuello bajo, lerdo y perezoso,
Con ronco son se mueve á paso tardo;
Y en un instante súbito y furioso
Salta sobre él con ímpetu gallardo,
Y echándole la garra, así le aprieta
Que le oprime, le rinde y le sujeta.
Así, etc.

Todos los trozos citados, y otros muchos que pudiéramos añadir, prueban que Ercilla, con mas cuidado en su diccion, y un asunto mas interesante y arreglado, hubiera sido un eminente poeta épico.

Con muchas mas dotes poéticas que Ercilla, nació *Bernardo de Balbuena*, y tantas eran que á haber usado de ellas con mas sobriedad, mejor gusto y en edad mas madura, hubiera acaso dotado á España de un poema igual á los mas famosos modernos. Fecunda y rica imagina-



cion, elevacion en las ideas, facilidad asombrosa para versificar, armonía y sonoridad en el lenguaje, todas las cualidades del gran poeta en él se reunieron. Por desgracia su poema *El Bernardo* fué obra de su primera juventud, y un mero ensayo que hizo para ejercitarse en la imitacion de los diversos autores latinos é italianos que acababa de estudiar. Considerado bajo este punto de vista es verdaderamente asombroso, pero por lo mismo es de sentir mas todavía que Balbuena lo haya publicado tal cual salió de su pluma en tan inexpertos años, habiéndolo podido limar y dejar limpio de tanto defecto como le desluce, cuando ya el gusto y la razon se hallaban en él perfeccionados.

El asunto de *Bernardo* es grande y propio de un poema épico. En primer lugar, como destinado á celebrar las glorias de la nacion en su orígen, lleva ese sello patriótico que nunca debe faltar á semejantes obras; y ademas de esto, la antigüedad y oscuridad de los tiempos, lo fabuloso de casi todos los personajes, hasta las leyendas y tradiciones populares que existian acerca de ellos daban ancho campo á la inventiva del poeta, sin que por esto dejase de ser entendido del pueblo, familiarizado ya por las mismas tradiciones con muchos de sus héroes y de las hazañas que cantaba. La disposicion general del plan tampoco estaba del todo mal concebida. Criado Bernardo por el mago Oréstes, le señalan las hadas enemigas de Carlo-Magno como el héroe que, revestido de las armas de Aquiles, ha de destruir el poder de aquel soberbio emperador. Parte Bernardo en busca de las armas prometidas, penetra hasta el Oriente donde tiene mil encuentros y aventuras, hasta que por fin consigue hallarlas arrancándoselas á Ayax Telamon, que las guardaba ocultas desde el sitio de Troya. Con ellas vuelve á España, donde se reune al ejército de su tio el rey Alfonso el Casto, y moviéndose el ejército contra el de Carlo-Magno, se da la famosa batalla de Roncesvalles en la que Roldan quedó vencido y muerto por nuestro héroe.

« En este poema, dice el señor Quintana, cuyo acertado juicio no podemos ménos de insertar aquí, obran caractéres, si no profundos y enérgicos, propios á lo ménos de la época y consecuentemente dibujados; diálogos discretos, bizarros, urbanos, y á veces sentidos y patéticos; episodios, entre los infinitos que contiene, no pocos que son oportunos, nuevos y felices; descripciones admirables de países, de fenómenos naturales, de edificios y de riquezas; antigüedades de pueblos y de blasones; sistemas teológicos y filosóficos, alegorías morales, sentencias y pensamientos profundos y nerviosos; comparaciones abundantes, vivas y bellísimas; una diccion poética llena de frases notables por su novedad y atrevimiento; una versificacion fácil, agradable donde quiera, no pocas veces alta y pomposa, segun los objetos lo requieren; y todo escrito con tal confianza y osadía, con un aire tal de libertad y desahogo, que el poeta parece que juega con las dificultades de su arte sin conocerlas, como su héroe se burla de los peligros.

» En cuanto á los defectos, continúa el mismo señor Quintana, el principal es la difusion monstruosa y la prolijidad con que, dando rienda á su imaginacion inventiva, amontona episodios sobre episodios, que cruzándose y confundiéndose entre sí, forman un laberinto sin salida, donde el autor se pierde miserablemente, y el lector se aburre

y deja caer el libro de la mano, sin deseo de volverle á tomar otra vez por no volverse á fatigar en balde. Otro grave yerro es que muchos de los personajes que llenan el campo de estos episodios, desaparecen, sin que se sepa en qué paran, ni vengan á manifestarse á la conclusion del poema, como parecia necesario, atendida la importancia que el autor les ha dado... Añádase el poco juicio con que están distribuidos los grandes adornos de la alta poesía, la muchedumbre de las descripciones, la prodigalidad con que se ven empleados por todas partes, á la manera oriental, el oro, las perlas, los diamantes, los rubíes; la declamacion, en fin, que no pocas veces interrumpe el tono genuino y candoroso que es genial al escritor, y destruye el nervio y la energía á que de cuando en cuando alcanza... Ofende la trivialidad de muchas máximas y sentencias, á que solo la inexperiencia de su juventud podia dar importancia, las bajezas en que incurre por falta de esmero y elegancia, aun en los pasajes mas altos y nobles, y los equívocos, en fin, y conceptos insulsos y frios con que, aunque rara vez salpica su diccion, y no pueden consentirse en tan grave poesía. Los versos mismos que tanto cuidado tuvo en que saliesen llenos y sonoros, suelen, por las muchas dicciones de que se componen, declinar, á pesar de las sinalefas, en ásperos y duros... Quizá ningun otro poeta castellano dé tanta márgen para la reprobacion y censura; mas tambien quizá otro ninguno ofrece tantas ocasiones de alabar y de admirar. »

Aunque mucho es lo que de este poeta se podria citar, nos contentaremos para muestra con trasladar aquí dos trozos de diferente naturaleza. Es el primero la descripcion del templo de la Fama que seria mas bella, si el autor hubiese sido ménos prolijo en los pormenores.

Entre la tierra, el cielo, el mar y el viento,
Un soberbio castillo está labrado,
Que aunque de huecos aires su cimiento,
Y en frágiles palabras amasado,
Basa no tiene de mayor asiento,
El mundo, ni los cielos se la han dado,
Pues á solo él y su muralla fuerte,
No ha podido escalar ni entrar la muerte.
En las nubes esconde sus almenas,
La tierra y cielo desde allí juzgando,
De anchos resquicios y atalayas llenas,
De ojos cubiertos sin dormir velando;
Y con mas lenguas que la mar arenas,
Agenas vidas y obras pregonando,
Sin que palabra, aunque pequeña suene,
Que de rumor las bóvedas no llene.
Fama, mónstruo feliz, vario en colores,
Es quien las torres del alcázor vela,
Y en plumas de vistosos resplandores
Por todo el orbe sin cansarse vuela :
Favores pregonando y disfavores,
Que allí el parlero tiempo le revela,
De ojos vestida, de alas y de lenguas,
De unos contando loores, de otros menguas.
Vuelan sus claravoyas por la cumbre
De la marcada bóveda del cielo,



Sobre pilares de oro, cuya lumbre
El aire baña, y da hermosura al suelo :
Vuelve en cuadrados ecos su techumbre
De huecas voces un sonoro vuelo,
Que en confuso rumor los patios llena,
Y un rico mundo de grandezas suena.
Los firmes quicios de las altas puertas,
Sin guardadoras llaves ni candados,
Á todo tiempo y toda gente abiertas,
De cualquier calidad, suerte y estados :
Las ocultas verdades descubiertas,
Los antiguos engaños disfrazados,
Los vulgares rumores, cuyo enjambre,
Al deseo de saber crece la hambre.
Á estos sin que el reciente rastro borre
El vulgo la ignorante oreja aplica,
Y al ciego aliento que sus patios corre
La mas templada boca multiplica :
Los cuentos que uno oyó en la primer torre,
Tan mundanos en otra los publica,
Que volviendo á encontrarlos sus autores
Nuevos los juzgan, y los dan mayores.
El firme umbral de sonoroso bronce
Al grave peso de la gente gime,
Que el vario tiempo por el ancho esconce
Á todas horas de aquel mundo esgrime :
Aquí de nudo eterno el mortal gonce
Los siglos vence, y á la muerte oprime,
Y en vuelo infatigable y ancha pompa,
El son retumba de una hueca trompa.
Humilde á los principios se levanta,
De ronca voz y de alas encogida,
Mas crece el tibio vuelo en fuerza tanta,
Que á la luz deja en su cundir vencida :
De feroz vista y proporcion que espanta,
En vivas lenguas y ojos convertida,
Y de tal propiedad y tal sujeto,
Que á todo hace, y no á guardar secreto.
De todas las humanas invenciones,
Soberbias torres, máquinas, trofeos,
Bellos teatros, ricos panteones,
Altas columnas, graves mausoleos,
Anchos doriscos, sacros iliones,
Colosos, arcos, termas, coliseos,
Pincel, estatuas, bronces, escultura,
Y otra si hay mas constante ó mas segura ;
En todos cunde la infeliz polilla
Del voraz tiempo, autor de las verdades;
No hay real corona, ni suprema silla,
Sagrado imperio, muros ni ciudades,
Contra sus fuerzas; todo lo aportilla,
En todo imprime y causa novedades :
Los reinos muda, sus linderos trueca,
Y hoy donde ayer fué mar, ya es tierra seca.
¿Quién me dirá de la usurpada España
El cetro escuro de ásperos alanos?
¿Qué torreones rompió la inculta saña